

Movimientos Intelectuales en la Francia actual

El jesuíta P. Danielou, en un artículo sobre los movimientos intelectuales más caracterizados de la Francia actual, declara, ya que en el preámbulo, que los franceses han iniciado después de la guerra un diálogo, cuyos resultados no se pueden prever. ¿Un diálogo?... Esto parece indicar que la vida intelectual de la Francia contemporánea se polariza alrededor de dos extremos ideológicos. Algo parecido ocurre en la realidad. Indudablemente, hay muchas tendencias, escuelas ideológicas o literarias y movimientos; pero, en líneas generales, se puede decir que existen tan sólo dos bandos principales que, si todavía no han llegado a cruzar sus espadas en una lucha definitiva, cada vez fijan más sus posiciones y determinan sus posturas.

Toda clasificación de tendencias intelectuales en Francia tropieza con una dificultad primordial, que consiste en la imposibilidad de convenir en los criterios de valuación. Hablando concretamente: es muy difícil, si no imposible, clasificar a la gente según sus afinidades intelectuales, conservando a la vez el criterio de la afinidad metafísica. Así, por ejemplo, Gabriel Marcel y Sartre son existencialistas, lo que decide sobre su afinidad intelectual; pero no cabe duda de que esta pareja no tiene nada que ver el uno con el otro por la simple razón de que, metafísicamente hablando, ambos escritores se encuentran en extremos completamente opuestos.

Si este ejemplo no basta, podemos citar el caso de un racionalista, como Langevin, o un espiritualista, como el Padre Teilhard de Chardin, que, a pesar de sus diferencias esenciales, se encuentran en el mismo terreno en lo que se refiere a su fe en el evolucionismo. Así, la clasificación ortodoxa resulta más bien imposible.

Las ideas, libremente elegidas, son, desde luego, mucho más importantes que las tendencias naturales del intelecto, y, por tanto, Gabriel Marcel, sin dejar de ser un existencialista, se encuentra más cerca del Padre Teilhard que de Sartre. Tam-

poco se puede olvidar que el rechazar una postura que nos parece falsa no quiere decir que su falsedad sea absoluta. El marxismo, que constituye una doctrina a la vez absurda y reaccionaria, abunda en algunas verdades parciales, como, por ejemplo, el postulado de la justicia social. Mas el cristianismo había descubierto esta misma verdad sin caer en la falsa trampa del determinismo dialéctico, y la afinidad, aparente en esencia, aunque bien evidente para los ojos de la gente vulgar, no acerca, sin embargo, ni un solo paso a los dos bandos en litigio. Todo esto favorece la confusión ideológica, pero a la vez facilita el sano intercambio de ideas; crea un aura propicia para las polémicas, siempre muy deseables, e imposibilita que los bandos en lucha acepten una postura demasiado rígida.

LOS MARXISTAS

El marxismo, en la Francia actual, aparenta ser el movimiento más poderoso y atrayente; pero esto no son más que apariencias. El marxismo es, en definitiva, un superviviente del racionalismo difunto. Podemos casi asegurar que, al lado de él, los movimientos o tendencias más importantes del momento actual, en la vida intelectual de Francia, son el existencialismo y el pensamiento cristiano. Pues bien, el marxismo se encuentra en una oposición enérgica y decidida ante el uno y el otro. Ante el existencialismo, porque éste, en su corriente representativa, es la filosofía de la desesperación, y el marxismo es una postura cien por cien optimista, de un optimismo falso, pero, al fin y al cabo, optimismo. Los existencialistas consecuentes confiesan también una doctrina racionalista; pero racionalista desesperada y extremadamente escéptica, lo que les separa del marxismo. A las tendencias cristianas, el marxismo se opone para matar todo misterio y colocar su confianza únicamente en la razón. Hablando de la fuerza efectiva del marxismo en Francia, no hay que olvidar que tan sólo una pequeña minoría de intelectuales se sienten atraídos por la doctrina, por creer en su veracidad absoluta; la mayoría ha llegado a confesar una fe comunista por razones enteramente superfluas y exteriores: no son los razonamientos de los doctores de la iglesia marxista, sino los cánones bolcheviques, victoriosos en Stalingrado y Berlín, los que los han atraído al lado del comunismo.

El bando marxista en Francia destaca precisamente por

su falta de uniformidad, lo que sería imposible en el país de sus ideales, es decir, en la Rusia Soviética. Un grupo muy curioso lo forman los intelectuales que, por mantenerse fieles al racionalismo del siglo pasado, han aceptado el marxismo como el heredero más legítimo del materialismo, difunto en sus categorías filosóficas, aunque presente y vigoroso en la vida política y social. Un Joliot-Curie o un Langevin constituyen, sin duda alguna, dos glorias de la ciencia francesa. Mas —como subraya el Padre Danielou— no es esta la primera vez que un gran científico tiene la vista muy corta en cuanto se trata de materias filosóficas.

El materialismo francés ha encontrado su representación más acusada en los intelectuales que se agrupan alrededor de la revista "La Pensée", fundada en el año 1939 por la editora Editions Sociales Internationales. Paul Langevin, Joliot-Curie, Henri Wallon, Georges Cogniot, Georges Teissier, he aquí los nombres más destacados del grupo. Voltaire sigue siendo para ellos el gran padre de la verdad, y Anatole France, su genial heredero. Este grupo goza de indudable prestigio en los círculos universitarios, ejerciendo una influencia funesta sobre los jóvenes intelectuales franceses. La famosa revista de la Unión de los Maestros de las Escuelas Francesas, "Ecole Laïque", se edita y redacta en contacto directo con este Estado Mayor del materialismo beligerante en Francia.

DOS EXISTENCIALISMOS

Todo lo que representa algún valor e importancia creadora —escribe en *Esprit* Roger Secrétain— deriva del trágico humanismo". Tanto el liberalismo como el marxismo han sido superados y rechazados por los existencialistas. Ahora la generación de los herederos de Kierkegaard, los escritores cuyo padrino se llamaba Kafka y su abuelo Nietzsche, se encuentran con problemas concretos para resolverlos.

Al marxismo, ilusionado con que las fuerzas motrices naturales y sociales trabajan en favor del hombre y del progreso, oponen los existencialistas la máxima afirmación de lo absurdo de la existencia. En el pensamiento cristiano también encontramos esta afirmación, relacionada con el dogma del pecado original, que luego se ve superado por el misterio de la Salvación. Los existencialistas del tipo de Sartre son ateos, y en

esto se acercan a los marxistas; su gran sensibilidad para el problema de la libertad humana y de la ética los acerca al cristianismo.

El bando existencialista no puede presumir de ser un ejército compacto y llevado en la misma dirección. Tanto en Francia como en otros países. Alemania ante todo, los existencialistas se dividen en dos grupos opuestos y hasta hostiles. Mientras unos, como Max Scheler, Karl Barth o Gabriel Marcel, se mantienen fieles al pensamiento religioso de su maestro, Kierkegaard y otros —con Heidegger al frente— han aceptado del filósofo danés tan sólo la parte negativa rechazando la positiva. Para Heidegger el mundo constituye un absurdo total, para el cual no hay salvación posible. Jean Paul Sartre es un heideggeriano, aunque él mismo no quiera reconocerlo y aunque el maestro ha repudiado públicamente a sus discípulos franceses. A Sartre le sigue en su desesperación George Bataille, el autor de *L'expérience intérieure*, agnóstico y místico, muy parecido a Nietzsche, al que dedica su último libro. Los nombres de Maurice Blanchot, autor de *Aminadab* y *Faux-Pas*, de Jules Monnerot, cuya *Poesie et la sacré* ha tenido recientemente gran éxito, y de Merley de Ponty, completan la lista, sin olvidarse de Simone de Beauvoir, la gran sacerdotisa del existencialismo y esposa de su profeta francés.

A Albert Camus, famoso autor de *Le Mythe de Sisiphe*, *Le malentendu*, *Caligula*, *L'Étranger* y *La Peste*, hay que situarle un poco al margen del existencialismo oficial. Mientras en la obra de los existencialistas representativos la visión del mundo en desorden moral les produce cierta satisfacción y reacciones cínicas, Camus se destaca ante todo por manifestaciones de simpatía hacia el hombre que sufre. El mundo está condenado a la desesperación —cree Camus de acuerdo con Sartre y sus compañeros—; pero precisamente por eso hay que poblarlo de sentimientos buenos y nobles para que la vida se haga un poco más soportable. Desde luego, el escepticismo metafísico de Camus va acompañado por cierta pureza moral, lo que en vano buscaríamos en la literatura típicamente sartriana.

ENTRE EL MARXISMO Y EL EXISTENCIALISMO

El pensamiento cristiano opone al optimismo racionalista del marxismo el profundo concepto del pecado, y al pesimismo de los existencialistas, la fe en la salvación. Sin embar-

go, a todos los círculos intelectuales de Francia que manifiestan su cristianismo les agitan varias tendencias, a veces opuestas y hasta contradictorias. No se trata desde luego de ninguna revisión de las bases doctrinales, porque esto podría producir, en efecto, nuevas herejías; lo que se propone es, por un lado, el acercamiento a todas las civilizaciones humanas con el propósito de buscar y de encontrar en ellas un grano de verdad, semejante a la doctrina de Cristo, y por otro, modernizarse de acuerdo con las nuevas condiciones, creadas por el progreso de la técnica y el desarrollo de los complicados procesos sociales, económicos y políticos. Dos tendencias, una escatológica y otra social, se dibujan claramente dentro del catolicismo francés contemporáneo, y también dentro de otros círculos que, declarándose cristianos, no aceptan a Roma y el universalismo católico.

Como en otros casos, también aquí sería difícil clasificar a los escritores de manera decisiva y contundente. Un Stanislas Fumet o un Jacques Maritain, los más auténticos discípulos de León Bloy, figura cumbre del movimiento escatológico, nunca rehuyeron la acción directa. Marcel Moré o el Padre De Lubac, dos buscadores del humanismo activo, se ven actualmente metidos dentro de la escatología. Así que resulta completamente imposible trazar una línea exacta de clasificación, porque unos y otros reúnen ambas tendencias en su obra.

El diario "Aube", la revista mensual "Politique", y ante todo "Esprit", son los reductos principales del pensamiento cristiano en el actual momento de la vida intelectual francesa. Emmanuel Mounier es el personaje más destacado del movimiento, al que se podría dar el nombre de "humanismo integral", denominación que es el título del conocido libro de Jacques Maritain que tanta influencia ha ejercido sobre Mounier, junto con Peguy, Scheler y Bloy.

Gabriel Madinier, con su "Conscience et Amour"; Maurice Nédoncelle, con "Communication des Consciences", y Jean Lacroix, con "Sens du Dialogue", he aquí los nombres más destacados de este movimiento.

A este mismo grupo pertenece también Gabriel Marcel, autor de libros tan importantes como "Entre et Avoir", "Du refus a l'Invocation" y "Homo viator". Colaboran con "Esprit" los representantes más destacados del pensamiento religioso protestante y ortodoxo, como Jean Bosc, Pierre Burge-

lin, Wladimir Losskiy y, hasta los últimos tiempos, el difunto Nicolás Berdiayew.

LAS PERSPECTIVAS GENERALES

A base de lo dicho no es fácil deducir conclusiones optimistas. No falta quien considere que ha llegado el momento propicio de aprovechar todo lo que nos ha traído el enorme desarrollo de las ciencias, los progresos de la fenomenología y la experiencia histórica, para crear una base suficiente con que construir una nueva visión del mundo, como lo hicieron en su tiempo Proclo, Santo Tomás o Hegel. Pero surge la pregunta de si alguno de los movimientos intelectuales de que hemos hablado es capaz de cumplir con esta enorme tarea. El marxismo tiene ambiciones más amplias. Sus sacerdotes declaran que van a crear la enciclopedia de la ciencia humana; pero la unidad y la lógica de su sistema se pagan con la vulgarización de los problemas humanos.

El existencialismo tiene su fuerte en la crítica destructiva y, como con justicia dice Secrétain, ha descollado como perseguidor implacable del marxismo y del liberalismo a la vez. Ahora bien, el existencialismo se enfrenta con problemas concretos que debe resolver y no sabemos cómo saldrá de la prueba. Una doctrina que se basa en la negación de toda jerarquía de los valores, ¿es capaz de crear una nueva metafísica o una ética?

Quedan, pues, los pensadores cristianos. Tan sólo ellos pueden concordar esta enorme, pero ingenua y simplista fe que resucita el marxismo, con la desesperación serena que caracteriza a la mayoría de los existencialistas. Entre el Scilla y Caribdis de estas dos tendencias extremistas, el barco de la Humanidad será conducido por el pensamiento cristiano o habrá de naufragar de la manera más lamentable. Hay que tener el suficiente valor intelectual para aceptar todas las conquistas del mundo contemporáneo, sin prescindir de nada, incluyéndolo todo en la gran corriente de la reivindicación cristiana del hombre. Pero antes es necesario un renacimiento de la idea cristiana, y hay que subrayar que la consciencia de esta verdad se hace evidente en círculos cada vez más amplios de la intelectualidad francesa.

Merece la pena llamar la atención sobre el interesante

hecho, de que en los últimos tiempos, y en Francia precisamente, se nota un evidente acercamiento entre los pensadores y teólogos ortodoxos y el catolicismo, lo que se ve facilitado por la presencia en París de numerosos representantes del pensamiento ortodoxo, como Bulhakow, Berdiayew, Losskiy, Florowskiy, Zander o Lot-Borodin. Obras de la categoría de "Verbé incarné", de Bulhakow; "La Theologie mystique de l'Eglise d'Orient", de Losski, y "La Deification dans l'Eglise grecaue", de Lot-Borodin, han representado gran papel en la tarea de este acercamiento, que puede tener consecuencias muy fecundas en el porvenir.